

Fué ejemplo notable en esta variación de las cosas Lucas Pitti, porque inmediatamente se conoció la diferencia de la victoria á la derrota, y de la honra á la deshonra. Su casa, frecuentada antes por numerosos ciudadanos, quedó en grandísima soledad. En las calles, los amigos y parientes, no sólo no le acompañaban, sino hasta temían saludarle, porque unos habían sido despojados de sus dignidades, otros de sus bienes, y todos igualmente amenazados. Los constructores del soberbio palacio que había comenzado, abandonaron la obra; los beneficios que anteriormente le hacían, se convirtieron en injurias; los honores en vituperio; muchos de los que le habían regalado algún objeto de gran precio, se lo reclamaban, á pretexto de que era un préstamo, y otros muchos que acostumbraban á elevarle hasta las nubes, motejábanle ahora de ingrato y violento.

Tal se pusieron para él las cosas, que se arrepintió, aunque tarde, de no haber dado crédito á Nicolás Soderini, y buscó pronto el medio de morir honrado con las armas en la mano, como preferible á vivir humillado en medio de sus enemigos victoriosos.

XVIII. Entre los desterrados empezaron los proyectos para reconquistar en Florencia la posición que no habían sabido defender.

Maese Agnolo Acciajuoli, que se encontraba en Nápoles, antes de pensar en ninguna otra cosa, quiso tentar el ánimo de Pedro de Médicis, para saber si podría reconciliarse con él, y le escribió una carta concebida en estos términos:

«Ríome de los caprichos de la fortuna, que convierte á su gusto los amigos en enemigos, y los enemigos en amigos. Recordarás que, cuando el destierro de tu padre,

estimando en más aquella injuria que mis peligros, fui también desterrado, y á punto estuve de perder la vida. Mientras viví con tu padre Cosme siempre honré y favorecí vuestra casa, y nunca tuve, desde que murió, propósito de ofenderte.

»Verdad es que tu naturaleza enfermiza, y la tiernedad de tus hijos, me asustaron de tal suerte, que juzgué oportuno dar al gobierno forma á propósito para que, si morías, no se arruinara la patria.

»De aquí han nacido las cosas ocurridas, no contra ti, sino en beneficio de mi patria, en lo cual, si cometí error, merece, por mi buena intención y por mis actos pasados, que se olvide. No puedo creer, habiendo encontrado en mí tu casa por tanto tiempo tanta fidelidad, que me niegues ahora misericordia y que todos mis méritos los extinga una sola falta.»

Cuando Pedro de Médicis recibió dicha carta, respondió en estos términos:

«Tu risa es causa de que yo no llore, porque si tú rieras en Florencia, lloraría yo en Nápoles. Confieso que quisiste servir á mi padre, y tú confesarás que fuiste servido por él, de suerte que en nuestras respectivas obligaciones existía la diferencia que hay entre las palabras y los actos. Habiendo recibido tú la recompensa de tus servicios, no te debe maravillar el recibir el justo premio de tus daños. No te excusa el amor de la patria, porque nadie habrá capaz de creer que los Médicis aman y contribuyen á la prosperidad de Florencia menos que los Acciajuoli. Vive, pues, desacreditado en el destierro, ya que no has sabido vivir con crédito en Florencia.»

XIX. Desesperado, por tanto, Acciajuoli de alcanzar perdón, vino á Roma y, de acuerdo con el arzobispo de

Florenxia y otros desterrados que allí vivían, hicieron todo lo posible por quitar el crédito comercial á la casa Médicis. Dificilmente pudo Pedro conjurar este peligro; pero, auxiliado por algunos amigos, inutilizó los esfuerzos de los desterrados.

Por su parte Diotisalvi y Nicolás Soderini procuraron con actividad excitar al Senado veneciano contra su patria, creyendo que, si era atacada por Venecia, por ser el gobierno nuevo y odiado, no podría sostener la guerra.

Encontrábase entonces en Ferrara Juan Francisco, hijo de Palla Strozzi, expulsado de Florenxia con su padre, cuando los cambios ocurridos en 1434. Tenía éste gran crédito y entre los demás comerciantes fama de riquísimo.

Los nuevos rebeldes demostraron á Juan Francisco la facilidad de volver á Florenxia cuando los venecianos emprendieran la guerra, y la probabilidad de que éstos la hicieran, si de algún modo se podía contribuir á los gastos, en cuyo caso era indudable.

Juan Francisco, que deseaba vengarse de las injurias recibidas, dió ingenuamente crédito á estos consejos, y prometió concurrir á aquella empresa con todos sus medios. Conseguido esto, fueron los conjurados al Dux de Venecia, quejándose á él de su destierro, causado no por otro error, según decían, que por haber querido que en su patria imperasen las leyes y que la gobernarán los magistrados y no unos cuantos ciudadanos; porque Pedro de Médicis y algunos de sus secuaces, acostumbrados á la vida de la tiranía, habían tomado las armas pérfidamente, se las hicieron deponer á ellos con engaño, y engañándoles también les arrojaron de su patria; que, no contentos con este proceder, emplearon la mediación

de Dios para oprimir á otros muchos que, confiando en las promesas hechas, habían permanecido en Florenxia y, durante públicas y sagradas ceremonias y solemnes prees, para hacer á Dios cómplice en su infamia, fueron varios ciudadanos presos y muertos, dando con ello impío y nefando ejemplo. Añadieron que, para vengarse, no veían á quién acudir más que al Senado veneciano, que, por ser siempre libre, debería compadecerse de que ellos hubieran perdido su libertad. Apelaban, pues, contra los tiranos á los hombres libres, contra los impíos á los piadosos, y si recordaban cómo la familia Médicis les había quitado el imperio de Lombardía, cuando Cosme, sin la aquiescencia de los otros ciudadanos, favoreció y socorrió á Francisco Sforza, ya que no les moviese la justa causa que ellos defendían, deberían moverles el justo odio y el justísimo deseo de vengarse.

XX. Estas últimas palabras conmovieron á todo el Senado, el cual determinó que su general, Bartolomé Colione, atacara el Estado florentino. Reunióse aceleradamente el ejército (1467), al cual se unió Hércules de Este, enviado por Borso, marqués de Ferrara.

No estando aún los florentinos en estado de defensa, el ejército, en el primer ataque, quemó el burgo de Dovadola y causó algún daño en las comarcas próximas.

Expulsados de Florenxia todos los enemigos de Pedro de Médicis, el gobierno hizo nueva alianza con Galeazzo, duque de Milán, y con el rey Fernando de Nápoles, y nombró su general á Federico, conde de Urbino. Cuando reunió estos aliados hizo menos caso de sus enemigos, porque el rey Fernando envió á su primogénito Alfonso, y Galeazzo vino en persona, cada uno de ellos con fuerza conveniente, acampando el ejército en

Castrocaro, fortaleza de los florentinos, situada en la falda de los Alpes que descienden de la Toscana á la Romaña.

Entretanto, los enemigos se habian retirado á Imola, habiendo entre ambos ejércitos, según las costumbres de la época, ligeras escaramuzas, sin que ni uno ni otro asaltaran ó sitiaran ninguna plaza, ni trataran de librar batalla, pues cada cual estaba en sus tiendas, siendo dirigida aquella campaña con maravillosa cobardía.

Todo esto desagradaba mucho en Florencia, obligada á mantener una guerra costosa y de escasas esperanzas. Quejéronse los magistrados á los ciudadanos que eran Comisarios en aquella empresa, quienes respondieron ser causa de todo el duque Galeazzo que, por tener sobrada autoridad y poca experiencia no sabía tomar ninguna resolución útil, ni tenía confianza en los que podían tomarla, siendo, por tanto, imposible, mientras él estuviera en el ejército, lograr nada de provecho.

Los florentinos hicieron comprender al Duque que realmente les había prestado un gran servicio viniendo á ayudarles en persona, porque su fama sólo bastaba para asustar al enemigo; pero que estimaban mucho más su salud y la de su Estado que el provecho propio, porque, asegurada aquélla, todo lo demás sería próspero, y peligrosando, temían las mayores adversidades. No juzgaban, pues, tranquilizador que estuviera mucho tiempo ausente de Milán, siendo nuevo en el gobierno de aquel Estado y teniendo vecinos peligrosos y potentes que, si maquinaban algo contra él, con facilidad podrían realizarlo. Por todo lo cual le aconsejaron que volviera á su Ducado, dejando parte de sus tropas para la defensa.

Agradó á Galeazzo el consejo y, sin dilación, volvió á Milán.

Libres de este impedimento los capitanes florentinos, para demostrar que era cierto el motivo alegado de las dilaciones, se acercaron más al enemigo, librando una ordenada batalla, que duró medio día, sin que ninguna de las partes alcanzara la victoria. No hubo en ella ningún muerto, sino algunos caballos heridos y algunos prisioneros de ambos lados.

Había llegado el invierno, época en que los ejércitos acostumbran á tomar cuarteles, por lo cual Bartolomé se retiró hacia Ravena y los florentinos á Toscana, yendo á sus respectivos Estados las tropas del rey de Nápoles y del duque de Milán.

Peró cuando se vió que, por este ataque, no había ocurrido movimiento alguno en Florencia, como prometieron los rebeldes florentinos, y que faltaba el dinero para pagar las tropas tomadas á sueldo, se negoció la paz y, sin grandes dificultades, fué ajustada (1468).

Privados, pues, los rebeldes florentinos de toda esperanza, fueron á varios puntos; Diotisalvi Neroni á Ferrara, donde el marqués Borso le recibió y mantuvo; Nicolás Soderini á Ravena, y allí, con corta pensión que le daban los venecianos, envejeció y murió.

Tuvo éste fama de hombre justo y valeroso, pero vacilante y lento en las resoluciones, lo cual hizo que, siendo Confaloniero de justicia, perdiera aquella ocasión de vencer, ocasión que, después de dejar el mando, quiso recuperar y no pudo.

XXI. Hecha la paz, el partido que quedó mandando en Florencia no creyó completa la victoria sino después de perseguir de todos modos á sus enemigos y

hasta á los sospechosos, y procuró que Bardo Altoviti, Confaloniero de justicia entonces, quitara nuevamente á muchos ciudadanos sus honores y desterrara á muchos otros, cosa que aumentó el poder de los victoriosos y aterró á los demás. Este poder lo ejercían sin consideración alguna, portándose de modo que parecía que Dios y la fortuna les habian entregado aquella ciudad á su discreción. De tales desmanes, pocos llegaban á oídos de Pedro de Médicis, y los que sabía, por causa de su enfermedad, quedaban sin remedio, porque, tullido de todos sus miembros, sólo podía valerse de la lengua; y con ella reprenderles ó suplicarles que vivieran honradamente y prefiriesen la salud de la patria á su destrucción.

Para alegrar la ciudad determinó celebrar magníficamente la boda de su hijo Lorenzo con Clarice, de la casa Orsini, y en efecto, se verificó con la pompa y magnificencia dignas de la riqueza y posición de los Médicis, empleando muchos dias en bailes, festines y representaciones de asuntos antiguos. Añadióse á esto, para demostrar la grandeza de los Médicis y de Florencia, dos espectáculos militares: una batalla campal de caballería, y el asalto de una fortaleza; ejecutado todo con el mayor orden y habilidad.

XXII. Mientras ocurrían tales cosas en Florencia, el resto de Italia vivía en paz, pero con gran temor al poder de los turcos, que continuaban combatiendo á los cristianos, habiéndose apoderado de Negroponto, con no poca vergüenza y daño del nombre cristiano.

Murió entonces Borso, marqués de Ferrara, sucediéndole su hermano Hércules. Murió también Gismondo de Rimini, constante enemigo de la Santa Sede, y heredó su Estado su hijo natural Roberto, que llegó á ser en-

tre los generales italianos famosísimo. Murió el papa Paulo II, y fué elegido sucesor Sixto IV, que se llamaba antes Francisco de Savona, hombre de humildísimo origen que llegó á ser, por su virtud, general de la Orden de San Francisco y después cardenal.

Fué este Papa el primero que empezó á mostrar el gran poder del Pontificado, y cómo muchas cosas, que anteriormente eran calificadas de errores, podían cubrirse con la autoridad pontificia.

Entre su familia tenía á Pedro y Jerónimo, quienes, en opinión general, eran hijos suyos, pero él daba á su parentesco nombre más honesto. Á Pedro, que era fraile, le hizo cardenal, con el título de cardenal de San Sixto, y á Jerónimo le dió la ciudad de Forli, quitándosela á Antonio Ordelaffi, cuyos ascendientes habian sido Señores de ella hacía largo tiempo.

Esta ambiciosa manera de proceder le acreditó con los Señores de Italia, queriendo cada cual hacerse amigo suyo. Para ello el duque de Milán dió á su hija natural Catalina por mujer á Jerónimo, y en dote la ciudad de Imola, de la que había despojado á Tadeo Alidosi.

El citado Duque y el rey Fernando de Nápoles contrajeron nuevo parentesco, porque Isabel, hija de Alfonso, primogénito de Fernando, casó con Juan Galeazzo, primogénito del duque de Milán.

XXIII (1469). Viviase, pues, en Italia con bastante tranquilidad, y el mayor cuidado de los príncipes era el de observarse mutuamente y asegurarse unos de otros con alianzas matrimoniales y tratados de coalición.

Pero, en medio de esta paz, Florencia era grandemente desolada por sus propios hijos, sin que Pedro de Médicis, por su dolencia, pudiera reprimir los excesos. Sin

embargo, para descargo de su conciencia, y ver si podía avergonzar á los autores de los abusos, los reunió en su casa, y hablóles en estos términos:

«Jamás creí que pudiera llegar tiempo en que los actos y procedimientos de mis amigos me hicieran amar y desear á los enemigos y preferir á la victoria la derrota, porque creía tener á mi lado hombres que en sus pasiones tuvieran límite ó medida, y á quienes bastaría vivir en su patria seguros, honrados y vengados de sus enemigos. Pero ahora comprendo cuán engañado he vivido largo tiempo, por no conocer la natural ambición de todos los hombres, y menos la vuestra; porque no os basta ser los primeros en una ciudad tan importante, y repartir entre vosotros, siendo pocos, los honores, dignidades y cargos lucrativos, que antes se distribuían entre muchos ciudadanos; no os basta haber dividido entre vosotros los bienes de vuestros enemigos; no os basta agobiár á todos los demás con las cargas públicas, y vosotros, libres de ellas, tener todas las públicas utilidades, que os es, además, preciso afligir á cada ciudadano con toda clase de vejaciones.

»Quitáis sus bienes al vecino, vendéis la justicia, y os sustraéis á los tribunales; oprimís á los hombres pacíficos y exaltáis á los audaces. No creo que haya en toda Italia tantos ejemplos de violencia y de avaricia cuantos se ven en esta ciudad. ¿Nos ha dado la vida nuestra patria para que se la quitemos á ella? ¿Nos ha hecho victoriosos para que la destruyamos? ¿Nos honra para que la llenemos de ignominia?

»Os prometo, por lo más sagrado entre hombres de bien, que si continuáis obrando de modo que me tenga que arrepentir de haber vencido, me he de portar de tal

suerte que os arrepintáis de haber abusado de la victoria.»

La respuesta de aquellos ciudadanos fué acomodada á las circunstancias y al lugar en que estaban; pero continuaron sus abusos y vejaciones, tanto, que Pedro de Médicis hizo venir secretamente á Agnolo Acciajuoli á Cafaggiuolo, y habló con él detenidamente de las condiciones en que estaba Florencia, no dudándose de que, á no impedirlo su muerte, habría llamado á todos los desterrados, para que, al volver á la patria, refrenaran la rapiña de los de dentro.

Á este honradísimo proyecto se opuso la muerte, porque, agobiado por la enfermedad del cuerpo y las angustias del ánimo, falleció á los cincuenta y tres años de edad.

La virtud y bondad de Pedro de Médicis no las pudo conocer su patria por completo, por haber vivido casi hasta el término de su vida al lado de su padre Cosme, y porque los pocos años que le sobrevivió pasólos enfermo y atendiendo á discordias civiles.

Fué enterrado Pedro en la iglesia de San Lorenzo, junto á su padre, haciéndose sus exequias con la pompa que tan gran ciudadano merecía. Dejó dos hijos, Lorenzo y Julián, cuya juventud alarmaba á todos los ciudadanos, aunque ambos daban esperanza de ser utilísimos á la República.

XXIV. Desde hacía largo tiempo figuraba en Florencia, entre los principales miembros del gobierno, maese Tomás Soderini, cuya prudencia y autoridad, no sólo en Florencia, sino de todos los Señores de Italia, era conocida. Desde la muerte de Pedro, todos los ciudadanos fijaron su atención en Soderini, y muchos le visitaban

considerándole jefe de la ciudad, escribiéndole además no pocos principes; pero él, que era prudente, y que conocía muy bien su fortuna y la de la casa Médicis, no contestó á las cartas é hizo comprender á los ciudadanos que no era su casa, sino la de Médicis, la que debían visitar; y para demostrar con hechos lo que decía, reunió los principales de las familias nobles en el convento de San Antonio, haciendo ir allí á Lorenzo y Julián de Médicis, y pronunció largo y notable discurso sobre las condiciones en que estaba la ciudad y toda Italia, y el carácter é intereses de los principes, deduciendo que, si querían vivir unidos y en paz en Florencia, y seguros de discordias intestinas y guerras exteriores, era preciso mantener la autoridad de aquellos dos jóvenes y de la casa Médicis, porque á nadie duele seguir haciendo lo que tiene por costumbre, y las novedades se acogen con tanta prontitud como se abandonan; siendo siempre preferible mantener un poder constituido que, por el transcurso del tiempo acaba con las envidias, á crear uno nuevo que, por muchísimas causas, puede ser fácilmente destruido.

Después de Soderini habló Lorenzo de Médicis, y, á pesar de su juventud, con tanta gravedad y modestia, que infundió en todos la esperanza de que llegaría á ser lo que en efecto fué. Antes de separarse prometieron bajo juramento los ciudadanos allí reunidos considerar á Lorenzo y Julián de Médicis como hijos suyos y éstos á ellos como padres.

Tomado este acuerdo, Lorenzo y Julián fueron honrados como jefes del Estado, y no se apartaron de los consejos de Tomás Soderini.

XXV. Viviendo, por tanto, en completa paz dentro y fuera de Florencia, sin guerra alguna que perturbara

la tranquilidad, se produjo inesperado desorden, como presagio de futuros daños.

Entre las familias pertenecientes al partido de Lucas Pitti, que habían sido arruinadas, figuraba la de Nardi, porque Silvestre y sus hermanos, jefes de ella, fueron primero desterrados, y después, por la guerra que promovió Bartolomé Colione, declarados rebeldes.

Entre éstos se encontraba Bernardo, hermano de Silvestre, joven audaz y valeroso que, no pudiendo, por la pobreza, sufrir el destierro, ni viendo, por la paz hecha, medio posible de volver á su patria, determinó intentar algo que fuera motivo de nueva guerra; porque muchas veces de motivos pequeños nacen grandes resultados, á causa de que los hombres están más dispuestos á seguir una empresa comenzada, que á promoverla.

Tenia Bernardo Nardi muchas relaciones de amistad en Prato, y en el condado de Pistoia muchísimas, especialmente con la familia Palandra, numerosa en hombres, y que, como campesinos, y al igual de los demás de la comarca de Pistoia, se habían educado en los combates y con las armas en la mano. Sabía que estaban descontentos, porque los magistrados de Florencia aprovechaban sus discordias para maltratarles. Conocía también el disgusto de los de Prato, porque les gobernaban con altanería y avaricia, y que algunos eran enemigos de la dominación florentina.

Todo esto le infundía la esperanza de encender un fuego en Toscana, promoviendo la sublevación de Prato, que, por los muchos que acudirían á alimentarlo, no pudiesen los florentinos apagarlo cuando quisieran.

Manifestó sus proyectos á Diotisalvi Neroni, preguntándole con qué socorros de los principes podría

contar, por su mediación, si la empresa de Prato tenía buen éxito.

Pareció á Diotisalvi el proyecto peligrosísimo y casi seguro el fracaso; pero, deseando intentar de nuevo fortuna con peligro ajeno, le animó á realizarlo, prometiéndole auxilio inmediato de Bolonia y Ferrara, siempre que pudiera defenderse en Prato á lo menos quince días.

Confiado en esta promesa, Bernardo Nardi fué ocultamente á Prato (1470) y dió cuenta del proyecto á algunos pratenses, encontrándoles muy dispuestos á realizarlo. Igual deseo y ánimo conoció en los de la familia Palandra. Convenido el momento y forma de estallar la rebelión, dió Nardi cuenta de todo á Diotisalvi.

XXVI. Era podestá de Prato, á nombre del pueblo florentino, César Petrucci. Tienen por costumbre los gobernadores de plazas fuertes guardar las llaves de las puertas en su casa, y algunas veces, sobre todo en épocas tranquilas, cuando algún ciudadano las pide para salir ó entrar de noche, las dan.

Bernardo Nardi, que sabía esta costumbre, se presentó al amanecer con los de Palandra y unos cien hombres armados en la puerta que mira hacia Pistoia, y los que le esperaban dentro se armaron. Uno de éstos pidió al Podestá las llaves fingiendo que uno del pueblo deseaba entrar en él. El Podestá, que nada sospechaba, mandó con ellas á un dependiente suyo, al cual, cuando estuvo lejos del Palacio, se las quitaron los conjurados, y abierta la puerta entró Nardi con su gente. Por acuerdo con los de dentro, se dividieron en dos grupos; uno de ellos, al mando del pratés Silvestre, ocupó la ciudadela; y el otro, con Nardi, tomó el Palacio, confiando á algunos de los suyos la guarda de Petrucci y de toda su familia. Des-

pués se repartieron por las calles gritando *libertad* para excitar al pueblo á la rebelión.

Ya era de día y, al oír aquel alboroto, muchos ciudadanos acudieron á la plaza. Allí supieron que la ciudadela y el Palacio estaban ocupados, y el Podestá con su familia presos, admirándose de que ocurriera tal suceso, cuya causa ignoraban.

Los Ocho ciudadanos que formaban el Consejo Supremo de esta población se reunieron en el Palacio para acordar lo que debían hacer; pero Nardi, que con los suyos anduvo algún tiempo por las calles sin que nadie se les uniera, al saber que los Ocho estaban reunidos, se presentó á ellos y les dijo que aquella empresa tenía por objeto librar á ellos y á su patria de la servidumbre, ponderándoles la gloria que adquirirían los que, tomando las armas, le secundaran, conquistando así paz perpetua y eterna fama. Recordóles la antigua libertad que tenían y su actual situación; les anunció seguro auxilio con tal que resistieran poquísimos días á las fuerzas que los florentinos pudieran reunir contra ellos y aseguró contar con partidarios en Florencia, lo cual se vería tan pronto como allí supieran que Prato estaba por él.

Esta arenga no conmovió el ánimo de los Ocho, quienes respondieron no saber si Florencia vivía libre ó sierva, porque no les importaba, pero que sabían bien que ellos no deseaban otra libertad que la de servir á los magistrados gobernadores de Florencia, de quienes no habían recibido injurias que justificaran tomar las armas contra ellos. Por tanto, le aconsejaban que dejara en libertad al Podestá y libre á la población de su gente, alejándose pronto del peligro á que se exponía con tan poca prudencia.

No alarmaron á Nardi estas palabras, determinando ver si el miedo hacía más efecto en los habitantes de Prato que los ruegos. Para asustarles pensó matar al podestá Petrucci, y sacado de la prisión, mandó que lo ahorcaran en un balcón de Palacio. Estaba ya Petrucci junto al balcón con la cuerda al cuello, cuando vió á Nardi que mandaba apresurar la muerte. Volviéndose á él, le dijo :

«Bernardo, mandas matarme creyendo que después te seguirán los de Prato, y sucederá lo contrario, porque el respeto que este pueblo tiene á las autoridades que envía el pueblo de Florencia es tal, que al ver el ultraje de que soy víctima, te odiará y conseguirá tu ruina. No mi muerte, sino mi vida es la que puede proporcionarte la victoria, porque si yo les mando lo que tú quieras, más fácilmente obedecerán á mí que á ti, y oponiéndome yo á tus órdenes, ellos también lo harán.»

A Nardi, que no sabía qué partido tomar, pareció bueno aquel consejo, y mandó que, asomado Petrucci á un balcón de los que daban á la plaza, ordenase al pueblo obedecerle; hecho lo cual, volvió á la prisión Petrucci.

XXVII. La debilidad de los conjurados era ya notoria, y muchos florentinos que habitaban en Prato se habían puesto de acuerdo. Entre ellos estaba Jorge Ginori, caballero de Rodas, que fué el primero en acudir á las armas contra los rebeldes. Atacó á Nardi, que andaba por la plaza, unas veces rogando y otras amenazando, para que le siguieran y obedecieran, acometiéndole con tal ímpetu con muchos que le seguían, que le hirieron y prendieron.

Hecho esto, fué cosa fácil librar al Podestá y vencer

á los demás conjurados, porque siendo pocos y divididos en grupos, casi todos perecieron ó quedaron presos.

Entretanto, había llegado á Florencia la noticia del suceso grandemente exagerada. Decíase que estaba tomado Prato, el Podestá y su familia muertos y llena de enemigos la ciudad; que Pistoya estaba en armas y, muchos florentinos comprometidos en aquella conjuración.

Inmediatamente acudieron al Palacio muchos ciudadanos para consultar con la Señoría.

Estaba entonces en Florencia Roberto de San Severino, general famoso, y se acordó fuera con la gente que pudiese reunir á Prato, recomendándole aproximarse á la plaza y, dando detallada noticia de lo ocurrido, hiciera lo que su prudencia le aconsejase.

Apenas había pasado San Severino del castillo de Campi, cuando le encontró un enviado de Petrucci, diciéndole que Nardi estaba preso, sus parciales muertos ó huídos, y restablecida la tranquilidad. En vista de ello volvió á Florencia donde, á los pocos días, fué conducido Nardi, é interrogado por el magistrado acerca de los verdaderos medios de la empresa, y haciéndole observar que eran muy débiles, dijo que la emprendió porque, decidido á morir en Florencia más bien que á vivir desterrado, quería hacer memorable su muerte con algún suceso importante.

XXVIII. Sofocado casi al nacer este desorden, volvieron los ciudadanos á su vida acostumbrada, creyendo poder gozar, sin alarmas, del orden de cosas que habían establecido y afianzado. De ello nacieron en Florencia los males que muchas veces engendra la paz, porque los juvenes, más independientes que de costumbre, hacían excesivos gastos en trajes, convites y orgias y, viviendo

ociosos, consumían el tiempo y su fortuna en el juego y con las mujeres. Su único estudio consistía en la esplendidez del vestido y en la agudeza del lenguaje, y el que más diestramente satirizaba á los demás era más ingenioso y estimado. Estas malas costumbres las viciaron más los cortesanos del duque de Milán, que con su esposa y toda su corte vino á Florencia para cumplir, según decía, un voto (1471), donde fué recibido con la pompa adecuada á un príncipe tan excelso y tan amigo de Florencia.

Vióse entonces lo que no se había visto nunca en nuestra ciudad: que, estando en Cuaresma, cuando la Iglesia prohíbe comer carne y manda ayunar, los cortesanos del Duque, sin respeto á la Iglesia ni á Dios, se alimentaban con carne.

Hicieronse muchas fiestas en honra del Duque, y dentro de la iglesia del Espíritu Santo se representó la bajada del Espíritu Santo á los Apóstoles, causando el mucho fuego que con tal solemnidad se hizo, el incendio del templo. Para muchos fué este incendio señal de la indignación que Dios había querido demostrar contra nosotros.

Si el Duque encontró en Florencia costumbres afeminadas y contrarias á una vida ordenada y buena, la dejó mucho peor, por lo cual los ciudadanos de recto ánimo opinaron que era necesario réfrenar tales excesos, y con nuevas leyes pusieron término al lujo en el vestir, en las pompas fúnebres y en los convites.

XXIX. En medio de tan grande tranquilidad ocurrió un nuevo tumulto en Toscana. En el condado de Volterra encontraron varios de sus habitantes una mina de alumbre y, conociendo su valor, por tener quien con el

dinero les ayudase y con la autoridad les defendiera, se unieron á algunos ciudadanos florentinos y les dieron participación en los beneficios.

Como sucede siempre en estas cosas, al principio el pueblo de Volterra hizo poco caso; pero, sabida después la riqueza del descubrimiento, quiso poner tarde y sin el fruto el remedio que, de acudir con oportunidad, fácilmente hubiera conseguido.

Comenzaron á tratar la cosa en sus Consejos, afirmando no ser conveniente que una mina descubierta en terreno público se convirtiera en utilidad privada y, para resolver el asunto, mandaron comisionados á Florencia (1472). Sometido el negocio á la decisión de algunos ciudadanos, por ganarlos las partes interesadas ó por creerlo de justicia, fallaron que no tenía razón el pueblo volterrano al querer privar á algunos de sus ciudadanos del fruto de su trabajo é industria, perteneciendo, pues, la mina á los que la explotaban y no al pueblo; pero que convenia pagaran aquéllos á éste anualmente alguna cantidad de dinero en reconocimiento de dominio.

Este fallo, en vez de apaciguar los ánimos en Volterra, aumentó la agitación y los rencores, no hablándose de otra cosa en los Consejos y en toda la ciudad. La generalidad pedía lo que, en su opinión, le habían quitado; y los dueños de la mina querían conservar la posesión por haber descubierto aquélla, y porque después confirmó su derecho la sentencia de los florentinos.

En este altercado mataron á un ciudadano que allí tenía reputación, llamado Pecorino, y después á otros muchos partidarios suyos, saqueando y quemando sus casas y costando trabajo librar de la muerte á los que des-